

Hacia una perspectiva "glocal" del conflicto armado en Colombia: dinámicas y actores en los espacios transfronterizos y transnacionales*

Towards a "glocal" perspective of the armed conflict in Colombia: dynamics and actors in transboundary and transnational spaces

*Silvia Cristina Mantilla Valbuena***

Recibido: 19/08/08

Aprobado evaluador interno: 14/04/09

Aprobado evaluador externo: 10/09/09

Resumen

En el intento por desarrollar una reflexión teórica acerca de las más recientes transformaciones del conflicto armado en Colombia, el presente artículo propone un análisis de la reconfiguración de los espacios, los actores y sus estrategias de confrontación a partir de las posturas académicas que sustentan la aparición de un nuevo escenario en que la denominada dimensión *glocal* se ha venido consolidando como modelo explicativo de los dramáticos cambios económicos, tecnológicos y espacio-temporales traídos por el fenómeno de la globalización.

Abstract

In the attempt to develop a theoretical reflection about the latest changes in the Colombian conflict, this article proposes a review of the reconfiguration of the spaces, the actors and their strategies of confrontation from academic positions that sustain the appearance of a new scene in which the so-called "glocal" dimension has come consolidating like explanatory model of the dramatic changes in the economy, technology and space-time brought by the phenomenon of globalisation.

* Artículo de reflexión que hace parte del resultado de una investigación realizada para obtener el Diploma de Estudios Avanzados Europeo (DEA), que fue otorgado a la autora en septiembre de 2007. Parte del artículo también está siendo incluida en la elaboración de la tesis doctoral.

** Politóloga con énfasis en Relaciones Internacionales y magistra en Estudios Latinoamericanos. Docente e investigadora de la Universidad Nacional de Colombia en el área de las Relaciones Internacionales, específicamente en los ámbitos de seguridad nacional e internacional y en aspectos migratorios y fronterizos. Candidata a Ph.D del Doctorado Europeo en Migraciones y Conflictos en la Sociedad Global, Universidad de Deusto/Bilbao-España. Correo electrónico: silvix80@hotmail.com

Desde esta perspectiva, el conflicto colombiano es presentado en estas páginas no sólo como expresión evidente de los desequilibrios asociados a la conflictiva e inequitativa configuración del sistema global contemporáneo, sino a su vez como un evento cada vez más complejo y dinámico. Por un lado, los recursos, el aprovechamiento de los nuevos escenarios de confrontación y la fortaleza de los actores en el ámbito local dependen hoy en mayor medida de los flujos globalizados de carácter criminal, y por otro, la dinámica de la guerra interna se “conecta” de forma efectiva con otras guerras de dimensión global como son las guerras contra el narcotráfico y el terrorismo, impulsadas por Estados Unidos a través de sus políticas globales de seguridad. Como resultado de este nuevo contexto, y tomando como punto de referencia el reciente proceso de desbordamiento y/o regionalización del conflicto, los espacios transfronterizos y transnacionales se constituyen en esta propuesta en los lugares idóneos para el análisis de la compleja interconexión entre los fenómenos locales y los fenómenos globales que han venido dando forma a las nuevas condiciones de la guerra que se vive actualmente en el país.

Palabras claves

Conflicto armado, globalización, glocalización, fronteras, narcotráfico, crimen transnacional organizado, guerras globales, políticas de seguridad.

Palabras claves descriptor

Conflicto armado, Colombia, crimen organizado, filosofía de la globalización.

From this perspective, the armed conflict in Colombia is presented on these pages, not only like evident expression of the imbalances associated to conflicting and unequal configuration of contemporary global system, but as well, like a complex and dynamic event. On the one hand, the resources, the advantage of the new scenes of confrontation and the strength of the actors in the local scope, depend today more on the globalised flows of criminal character, and on the other, the dynamics of the internal war “is connected” of effective form with other wars of global dimension as they are the wars against the drug trafficking and the terrorism, impelled by the United States through its global policies of security. As a result of this new context, and taking like datum point the recent process from underflow and/or regionalisation from the conflict, the cross-border and transnational spaces are constituted in this proposal, the suitable places for the analysis of the complex interconnection between the local phenomena and the global phenomena that have come giving form to the new conditions of the war that is lived at the moment in the country.

Key words

Armed conflict, Globalization, Glocalization, Border, Drug Traffick, Transnational Organized Crime, Global Wars, Security Policies.

Key Word plus

Armed Conflict Colombia, Organized Crime, Globalization, Philosophy.

Introducción

Después del fin de la Guerra Fría, y más específicamente después de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, se ha abierto una clara posibilidad de readecuar, renovar y reformular, desde una nueva dimensión internacional, el conjunto de teorías que se han originado en las últimas décadas alrededor del fenómeno de la guerra y de los conflictos. Hoy en día probablemente no sea posible entender una guerra civil interna desestimando los factores globales y externos que cada vez tienen una mayor incidencia sobre cualquier aspecto de las dimensiones locales, ya que es precisamente en ese nuevo ámbito global en donde hemos encontrado una referencia explícita a un conjunto de variables que indiscutiblemente están modificando las condiciones, e incluso puede que la naturaleza misma de los actores y los escenarios en los que se libran las confrontaciones contemporáneas. Sin embargo, esta imperante preocupación por atribuir una importancia excepcional al actual contexto de la globalización debe tener como trasfondo teórico la necesidad por entender tal proceso, no precisamente como una dinámica del todo homogénea y universalizante, sino como una práctica excluyente que tiene fuertes repercusiones en la configuración de los conflictos y las guerras del presente siglo.

El caso del conflicto armado que se vive actualmente en Colombia debería ser abordado y analizado desde las condiciones de este nuevo contexto, en la medida en que tanto desde el punto de vista teórico y metodológico, como desde el punto de vista práctico, resulta cada vez más difícil separar los ámbitos externo e interno en el análisis de la problemática, razón por la cual podríamos deducir que también en este campo de estudio se estarían configurando nuevas relaciones espaciales de estrecha interrelación entre lo global y lo local.

Esta perspectiva, que podría llevarnos a situar el objeto de estudio en contextos y espacios novedosos, y desde unos actores y dinámicas de guerra en constante transformación, acentúa la importancia de la doble dimensión "global-local" del conflicto colombiano, sobre todo cuando además de vernos obligados a analizar la temática desde un enfoque que supere nuestros límites territoriales, tenemos a la vez, que "resituarse" el análisis en otros escenarios que desde mediados de la década de los noventa han adquirido cierto protagonismo como consecuencia del desbordamiento y/o regionalización del conflicto, es decir, en las "zonas o espacios de frontera" que comparte Colombia con sus países vecinos, y que se han transformado, desdibujado y a la vez "aprovechado" por parte de los múltiples actores involucrados en la guerra. En este caso, las fronteras tanto en su acepción jurídica y administrativa, como desde su connotación social y humana, se han convertido en espacios estratégicos y puntos de conexión en donde confluyen a la vez los distintos actores, dinámicas y estrategias de confrontación que se condensan

en lo que, en un intento propositivo para el estudio del caso colombiano podríamos comenzar a denominar como escenarios “glocales” de confrontación.¹

Hoy en día resulta indispensable, entonces, abordar el conflicto colombiano ya no exclusivamente en el sentido de la lucha o disputa interna entre actores políticos que se enfrentan en lugares tradicionales y recurrentes, sino desde una perspectiva alternativa en que los actores y los espacios se modifican y se transforman a la luz de los nuevos cambios producidos por la globalización. Así pues, el presente artículo tendrá por objetivo introducir el análisis del conflicto colombiano al nuevo contexto y a las condiciones propias de lo que podríamos denominar como el actual entorno “glocal”; así mismo, se buscará establecer una alternativa teórica que permita analizar la simultaneidad e interconexión entre las guerras globales contra el narcotráfico y el terrorismo que se están librando actualmente en el país,² y las posibles reconfiguraciones tanto espaciales como de los actores, sus recursos y los métodos de lucha, que estarían ocurriendo en el nivel local alrededor de las zonas fronterizas, por ser éstas escenarios idóneos en los cuales confluyen las múltiples dinámicas, actores e intereses que permiten efectuar la mencionada conexión “glocal”. Estas zonas deberán ser entendidas, no obstante, no sólo desde una perspectiva jurídico-administrativa por la crítica situación que se vive actualmente entre Colombia y sus países limítrofes, sino como categorías sociales y humanas que superan los límites territoriales y que también son fuente de gran conflictividad.

A modo de contextualización, el presente artículo abordará en primera instancia el panorama general referido al fenómeno de la guerra en el actual entorno de la globalización. A punto seguido se realizarán algunas reflexiones que permitan situar al conflicto colombiano en medio de este nuevo contexto, para posteriormente proponer un análisis del mismo desde las versiones tanto “extraterritorial” como “glocal” de las

¹ En la última década las zonas fronterizas de Colombia han sido aprovechadas especialmente por grupos guerrilleros y paramilitares como corredores estratégicos para el control de drogas, armas y otros bienes de contrabando ilegales, así como para el efectivo control territorial de recursos asociados a la producción de coca y cultivos ilícitos, en un contexto de clara ausencia estatal. Al mismo tiempo, en estos escenarios (más específicamente en la zona fronteriza sur del país) se han instalado las fuerzas estadounidenses para intervenir con sus recursos militares en nombre de la denominada “guerra global contra el narcotráfico y el terrorismo”, razón por la cual estos espacios se han constituido en territorios muy dinámicos y representativos de las transformaciones más recientes del conflicto colombiano.

² Actualmente, la guerra global contra el narcotráfico y el terrorismo está generando fuertes repercusiones políticas, sociales y humanitarias a nivel nacional, regional y local en diferentes lugares del mundo que representan una amenaza a la seguridad internacional; en este sentido, el caso de la guerra que se libra en Colombia se encuentra fuertemente relacionado con la intervención política, económica y militar que está avalada por el discurso globalizado de la seguridad estadounidense, hecho que representa una oportunidad para ampliar el marco de análisis y plantear reformulaciones a las teorías en boga.

zonas de frontera como espacios estratégicos en que actualmente se está desarrollando la guerra y el conflicto armado, en estrecha conexión con otros factores y fenómenos propios del ámbito global. Finalmente, se dejarán esbozadas algunas reflexiones en torno a la transformación de los actores armados y sus métodos de lucha en estos nuevos escenarios transfronterizos y transnacionales.

Guerras y globalización: características del nuevo contexto

Existe actualmente todo un debate teórico y metodológico surgido de los cambios y transformaciones que han ocurrido después del fin del comunismo en lo referente al fenómeno de la guerra en el sistema internacional. Actualmente es ya una generalidad aceptada que después del fin de la confrontación bipolar, que mantuvo desactivados o "absorbidos" los conflictos en buena parte del planeta en torno a la presión ejercida por las dos potencias imperantes, ocurrió la explosión de múltiples confrontaciones en diversas zonas del mundo, cuya característica primordial sería la aparición de conflictos ya no entre unos Estados y otros, sino al interior de los mismos; a su vez, el estallido tendría como una de sus causas y rasgos principales el resurgimiento de conflictos basados en problemas identitarios, étnicos y religiosos.³

La aparición de una nueva teoría sobre las guerras fue provocada en buena parte por este auge espectacular de confrontaciones que parecían coincidir en muchas de sus peculiares características. En esta nueva teoría, conocida de manera generalizada como la teoría de las "nuevas guerras", algunos analistas reconocidos,⁴ entre los cuales se destaca el papel de Mary Kaldor (2001), no dudaron en atribuir al fenómeno una serie de variables que presuponían una transformación aguda de las condiciones y las motivaciones que ahora operaban de manera distinta a las confrontaciones propias de una época anterior. Sin embargo, en los últimos años han ido apareciendo distintos estudios que han logrado desvirtuar a través de evidencia histórica y empírica, esta nombrada distinción, y que han demostrado que casi ninguna de las variables y condiciones asociadas al estudio de las "nuevas guerras" han sido evidentes y definitivas.⁵

³ En un artículo sobre la aparición de la sociedad civil global, Mary Kaldor argumenta que las redes de actores armados de las guerras de hoy generan un discurso común, a menudo basado en una identidad compartida, étnica o religiosa, y que lo que mantiene unidas a estas redes bélicas es, por lo general, una ideología política extremista, unida a movimientos nacionalistas y religiosos. (Kaldor, 2003, p. 82).

⁴ Entre los exponentes más importantes de esta nueva teoría se encuentran: Kaldor (2001), Holsti (1996), Duffield (2001) y Gray (1997).

⁵ Así, por ejemplo, frente a algunas de las variables que se toman como evidencia para proponer la teoría de las nuevas guerras existen ya algunos estudios históricos y políticos que desvirtúan muchas de sus premisas fundamentales. A este esfuerzo se suman otras investigaciones que revisan el debate de las nuevas guerras a través de una evaluación empírica de algunas variables

Pero a pesar de las discusiones académicas alrededor de esta problemática teórica y metodológica, en lo que casi todos los estudios y enfoques parecen haber coincidido es en que la verdadera diferenciación que ocurre en la época contemporánea, respecto de las guerras y conflictos anteriores al fin de la Guerra Fría, se deriva de su abrumadora conexión con los flujos globales de recursos y los sistemas informáticos y tecnológicos propios del reciente escenario global, lo que por supuesto constituye un llamado a revisar el fenómeno de las guerras y de los conflictos contemporáneos a través del reconocido proceso de la globalización.⁶ En este sentido, algunas de las propuestas teóricas que han salido a la luz permitirían desarrollar un modelo de análisis del fenómeno de la guerra que incluya aquellos factores relacionados con los avances tecnológicos y con los efectos espacio-temporales de la era global, por lo que resultaría muy útil un acercamiento al conflicto desde la llamada *teoría de la glocalización*, que en palabras de Natalia Ribas se define del siguiente modo: ... En resumidas cuentas, el proceso de globalización (universalización, unificación) se complementaría con otro de fragmentación (heterogeneización, individualización, particularización) que podría parecer a primera vista, antitético al anterior. Este doble proceso lo contemplamos no como una tensión, sino como una simbiosis, dos desarrollos que se interrelacionan y evolucionan paralelos y que solo en determinadas circunstancias se enfrentan directamente.

En lo que concierne a los conflictos actuales, es evidente que esta dinámica de lo “glocal” se hace cada vez más presente por cuanto los recursos, las motivaciones, las estrategias, y a menudo los discursos y actores que justifican la guerra, se mueven en gran medida en un escenario global, pero a la vez, las confrontaciones y sus consecuencias

de análisis relacionadas con la intensidad de las atrocidades que son atribuidas a este nuevo tipo de guerras. Como ejemplo de ello Erik Melander, Öberg Magnus y Jonathan May, han presentado evidencia estadística para comprobar la debilidad de al menos tres supuestos formulados por la teoría de las nuevas guerras: 1. El incremento en el número de guerras después del fin de la guerra fría; 2. El incremento en la intensidad de las batallas, y 3. El aumento en el número de civiles desplazados o asesinados en guerra. Finalmente, a partir del uso de múltiples técnicas de regresión, los analistas encuentran que las variables mencionadas no están apoyadas en datos reales, y que incluso existe una tendencia evidente de los datos a mostrar, por el contrario, una efectiva disminución tanto en el número de guerras después de la era bipolar, como en su intensidad y en el número de desplazados y muertos producidos hasta la actualidad. En este y en muchos otros sentidos, las viejas guerras civiles no serían entonces tan diferentes de las “nuevas” como lo parece. Para una revisión de los trabajos académicos que desvirtúan la teoría de las nuevas guerras véase: Kalyvas, 2001), Melander, Magnus y Hall (2006), Di John (2002), Bethani (2006) y Zartman (2000).

⁶ Dos propuestas teóricas interesantes en este sentido son las desarrolladas por Aline Leboeuf con su teoría de los “conflictos fluidos” y John Arquilla y David Ronfeldt con su teoría de la “guerra red”. (Véase Leboeuf (2005), y Arquilla y Ronfeldt (1996)).

políticas, económicas y humanas continúan ocurriendo en espacios locales delimitados y cada vez más aptos para reforzar la conexión entre una dimensión y otra. Al mismo tiempo, en las últimas décadas se ha venido fortaleciendo una nueva fuente de conflictos materializada en las actuales guerras globales contra el narcotráfico y el terrorismo, que a menudo se yuxtaponen y en ciertas fases se complementan con otras guerras locales al interior de ciertos Estados, para dar paso a escenarios complejos de confrontación en donde lo global y lo local se fusionan de manera paralela.

Debemos comenzar entonces por considerar que las dos tendencias en que se desarrollan las guerras de hoy, es decir, la tendencia local-intraestatal y la tendencia global, están fuertemente interconectadas y comparten en gran medida un conjunto de atributos y variables referidas a la gran influencia del contexto de la globalización. No obstante, resulta igualmente indispensable adoptar un enfoque crítico que permita explicar las causas y dinámicas de las actuales guerras y conflictos desde una perspectiva más compleja y multidimensional, lo que supondría incluir una versión académica que incluya no sólo aquellos aspectos de la globalización que hoy se constituyen en medios efectivos para el desarrollo de la guerra, sino también, y de manera crítica, una revisión de sus causas asociadas. A continuación se intentará entonces realizar un acercamiento preliminar al análisis del conflicto colombiano desde los cambios y transformaciones que están ocurriendo alrededor del fenómeno de la guerra en el actual contexto global; lo anterior, teniendo siempre como trasfondo teórico una visión crítica de los factores y los procesos que están provocando fuertes desequilibrios asociados a la profundización de la guerra y a la crisis humanitaria en el país.

Repensando la dinámica del conflicto colombiano desde el nuevo entorno glocal

El conflicto colombiano es el ejemplo perfecto de un conflicto de gran complejidad en que se ha mantenido una continuación temporal de la confrontación a pesar de las distintas modulaciones del entorno exterior y de los cambios evidentes en el ámbito interno, pero que en los últimos tiempos ha manifestado nuevas características que permiten realizar una relectura de la guerra desde las nuevas teorías y los nuevos contextos. Un primer acercamiento al tema podría llevarnos a afirmar que el "conflicto interno" ha dejado de ser exclusivamente interno, para avanzar hacia un estado en el que también es susceptible de considerarse como parte de un escenario global. En su trabajo sobre la guerra, el Estado y la globalización en Colombia, José Aristizábal advierte al respecto:

Nuestra guerra se alimenta por todos los costados de dineros y armas que vienen de afuera.

También de afuera son en su mayoría las ideologías que la avivan y las tecnologías y políticas

utilizadas para su desarrollo. Más aún, las explicaciones de algunos rasgos y virajes de la guerra que se libra en Colombia y que afectan la región andino-amazónica, están más allá de sus fronteras, escapan a su control y obedecen a intereses transnacionales que tienen que ver con el orden mundial posterior a la guerra fría y el modo de articulación de Colombia con la economía globalizada. (2007, p. 95).

En medio de esta reconfiguración espacial son cada vez más numerosas y complejas las vertientes que alimentan y dinamizan el conflicto colombiano, pues los actores armados, sus recursos estratégicos y sus prácticas de guerra en el ámbito local se redefinen y se retroalimentan constantemente en relación con la dimensión global del crimen transnacional organizado, sobre todo en lo referido a los circuitos de tráfico de dineros, drogas y armas ilegales. De este modo, en los últimos años se han venido modificando los contextos, los métodos y los actores alrededor de la nueva configuración global, lo que sugiere un reordenamiento espacial y estructural del conflicto que se refleja en las cada vez mayores dificultades para separar analítica, teórica y metodológicamente al ámbito global del ámbito local.

Por otra parte, el conflicto colombiano se ha conectado, en medio de este complejo entorno, con otras guerras que también se libran en el ámbito global, como es el caso de las actuales guerras contra el narcotráfico y el terrorismo que han sido impulsadas por Estados Unidos a nivel mundial; no obstante, en el tratamiento de este tópico debe tenerse en cuenta que aunque el conflicto colombiano y la participación de los actores armados en la guerra pueden analizarse desde las propuestas teóricas más modernas, en la práctica, la combinación con la lógica dominante de la seguridad estadounidense continúa anclada a las relaciones jerárquicas de poder y de dominación en medio de un sistema estructural de carácter desigual.

En este sentido, cabría destacar como base teórica para el estudio de cualquier guerra o conflicto armado, incluyendo el caso de Colombia, que mientras algunos actores como el Estado colombiano han perdido sus funciones tradicionales y su capacidad de acción como consecuencia del actual modelo económico neoliberal y de las injustas condiciones de inserción en el proceso de la globalización —lo que estaría llevando a estos territorios a convertirse en escenarios idóneos para el estallido de guerras civiles e internas—, la misma configuración de la globalización ha tenido como efecto contrario el fortalecimiento de otros Estados que como en el caso de Estados Unidos aún mantienen drásticamente el monopolio de la violencia, hoy en día usado para el propósito fundamental de la guerra en cualquier ámbito de la reciente configuración mundial. Por tal motivo, la globalización debe ser entonces entendida no sólo como un sistema deliberadamente interconectado, sino desde su perspectiva más crítica, como una

"globalización fragmentada"⁷ que expresa las abrumadoras desigualdades económicas y sociales entre un número cada vez más pequeño de agentes dominantes que utilizan su poderío político y militar en función de sus propios intereses, y un número cada vez más amplio de personas y regiones marginadas en el mundo entero que padecen las consecuencias negativas de este proceso.

Partiendo de las anteriores reflexiones teóricas, el caso de la regionalización del conflicto hacia los territorios de frontera que comparte Colombia con sus países vecinos, en estrecha conexión con el desarrollo de las guerras globales contra el narcotráfico y el terrorismo en el país, permitirá identificar entonces algunas de las nuevas características de la guerra asociadas al denominado contexto "glocal". Para esto, se deberá partir inicialmente de la afirmación de que en Colombia se está librando de manera simultánea, sucesiva e interconectada, un conflicto interno —cada vez más alimentado por las fuentes ilegales de recursos globales— y una guerra global —que se materializa en los múltiples programas implementados en el país para luchar contra el narcotráfico y el terrorismo como son el Plan Colombia y la Iniciativa Regional Andina—. ⁸ En este nuevo escenario se presenta, de un lado, la rigidez, la simplificación discursiva y la implementación radical de las medidas que acompañan a las políticas de seguridad norteamericanas, y de otro, la gran complejidad del conflicto colombiano y sus nuevos factores asociados al entorno dinámico pero perverso de la globalización, motivo por el cual resulta imprescindible plantear el debate sobre la inminente asimetría entre Estados Unidos como actor hegemónico, y otros actores al interior de Colombia que han sido excluidos de los beneficios globales, pero incluidos en la lógica perversa de la seguridad y en las redes ilegales del actual entorno global. Todo esto visto como una interconexión compleja, incoherente

⁷ Entre las concepciones críticas de la globalización ha aparecido la noción de "globalización fragmentada", desarrollada en buena medida por grupos sociales y académicos latinoamericanos entre los cuales se encuentra de manera representativa el Movimiento Zapatista de Liberación Nacional de México. Esta perspectiva teórica surge como una alternativa para el análisis de la globalización en torno a las negativas consecuencias políticas, económicas y sociales generadas por este proceso en el mundo subdesarrollado.

⁸ Frente a la amenaza de las drogas ilícitas, y bajo la certeza del acceso de los grupos insurgentes al negocio del narcotráfico como importante recurso de financiamiento económico y militar, el Congreso de los Estados Unidos diseñó en la década de los 90 una primera estrategia de fortalecimiento de las fuerzas armadas, contención del narcotráfico y defensa de la democracia denominada el Plan Colombia. En la medida en que esta estrategia ha fracasado en sus intentos por erradicar y disminuir las plantaciones de cultivos ilícitos en el país, además de haber ocasionado una grave crisis de seguridad que se desbordó hacia los países vecinos, el Plan Colombia tuvo que ser revaluado por la administración del presidente de los Estados Unidos George W. Bush para dar paso a lo que hoy en día se denomina como la Iniciativa Regional Andina (IRA), una estrategia de carácter integral que pretende abordar la preocupación de estos países por la expansión de los cultivos ilícitos, el narcotráfico, el conflicto y el desplazamiento de personas a través de sus porosas fronteras.

y contradictoria de actores, recursos y escenarios que ha terminado por intensificar el conflicto y la violencia profundizando la crisis social y humanitaria del país.

A punto seguido se situará el análisis en los escenarios que en los últimos años han potenciado esa interconexión entre lo local y lo global alrededor del conflicto, es decir, en las zonas de frontera que, en sus distintas dimensiones espaciales, se han configurado como espacios estratégicos para la continuación y el desarrollo de la guerra. Del mismo modo, se intentará aportar una alternativa teórica para analizar la transformación de los actores armados en relación con sus actuales métodos de lucha.

Una mirada al conflicto en Colombia desde las versiones extraterritorial y glocal del concepto de frontera

Son múltiples las dimensiones de análisis para abordar fenómenos políticos y sociales desde el concepto de *frontera*. Algunas versiones antropológicas y políticas recientes en el estudio de esta categoría representan una oportunidad para abordar la problemática de la guerra y del conflicto desde una perspectiva transnacional y desde la lógica de lo “glocal”. Una primera versión del concepto de frontera que puede ser útil para comenzar a situar el conflicto colombiano en un escenario transnacional remite a las dinámicas y lógicas fronterizas que ocurren tanto “dentro” como “entre” los Estados o actores implicados en la guerra, aunque sin necesidad de aludir específicamente a una confrontación armada o a un territorio en particular. En este sentido, el análisis sólo es válido si en primera instancia se entiende que la frontera, más allá de ser una realidad jurídica y administrativa asociada a la conformación del Estado-nación, es sobre todo una división mental y una categoría humana. Al respecto, resulta de vital importancia la definición del autor Joan Pujadas cuando afirma que las fronteras constituyen una *construcción social*, tanto si nos referimos a las fronteras políticas, estables y sacralizadas que separan a los Estados-nación, como a aquellas fronteras borrosas y no sancionadas legalmente que delimitan dominios lingüísticos, regiones económicas o fenómenos culturales que pueden situarse como divisorias dentro de los Estados o a nivel transnacional (Pujadas y Martín, s/f).

En un primer acercamiento al caso colombiano, analizado desde esta *versión extraterritorial de la frontera*, encontramos, por ejemplo, que el conflicto armado interno, en relación con las guerras globales contra el narcotráfico y el terrorismo, no supone desde esta perspectiva la referencia a un espacio específico y delimitado por una frontera en su sentido jurídico y administrativo, sino que es, ante todo, la representación de una frontera extraterritorial delimitada por las actuales relaciones de poder. Hastings Donnan ha afirmado en este sentido que la aproximación antropológica a las fronteras supone el estudio del poder en y entre las naciones y Estados incluyendo las formas en las cuales

versiones de ese poder se están intensificando o disminuyendo (Donan y Wilson, 1999, p. 4). De este modo, y desde un ámbito extraterritorial, en el caso colombiano la frontera entendida como categoría mental y social aparece y desaparece en un doble sentido y de manera simultánea; en primer lugar, desaparece porque la influencia, los mecanismos de intervención asociados a las políticas de seguridad y los efectos liberalizantes producidos por el fenómeno de la globalización, han traído como resultado un debilitamiento evidente de la soberanía del país frente a Estados Unidos, y la consecuente incapacidad del Estado colombiano para asumir el conflicto desde otra respuesta diferente a la represión y a las medidas políticas y militares impuestas por este actor hegemónico. En segundo lugar, la frontera aparece porque, como menciona Pujadas, existe una realidad marcada por la acentuación de los procesos de exclusión social entre países y regiones enteras, en un modelo en el que las fronteras, en su doble acepción de límites entre espacios y entre grupos sociales, se convierten en barreras infranqueables para sectores cada vez más amplios de la población (Pujadas y Martín, s/f, p. 9).

En palabras de Donan, esta problemática remitiría a que, por una parte, el Estado está siendo subvertido en sus fronteras, que son a menudo víctimas del abuso de poder, pero, por otra parte, algunas veces esas mismas fronteras son agentes o fuentes de poder de algunos Estados, ya que han sido reforzadas ante el denominado proceso de globalización; para el autor, en este contexto las fronteras en sus diferentes dimensiones son hoy lugares de conflictos internacionales y de acomodación de otros diferentes en sus respectivos Estados (Donan y Wilson, 1999, p. 5). Por tal motivo, las repercusiones del poder hegemónico de Estados Unidos alrededor de los límites y fronteras tanto territoriales como extraterritoriales, y la propia lógica del conflicto y de los actores armados en los espacios fronterizos que comparte Colombia con sus países vecinos, son aspectos que nos permiten conectar, en una primera instancia, las dinámicas globales en que predominan el poder y la exclusión, con el desarrollo de una guerra local en el ámbito de la frontera jurídica y territorial.

Pero desde una perspectiva más política, económica y territorial, las zonas de frontera interestatales en su *versión glocal* se constituyen hoy en los espacios potenciales y estratégicos para el anclaje de los procesos de liberalización e integración de las sociedades y las economías de cara a la dinámica propia de la globalización. En muchos sentidos la frontera, tal y como se reconocía en su concepción clásica de salvaguardia de la soberanía y división tajante entre los Estados, se está transformando y desdibujando alrededor de un proceso dual en que "lo global" y "lo local" constituyen las dos caras de una misma moneda, es decir, que se están modificando en función del denominado fenómeno de la "glocalización" o "fragmegración", un panorama que ha sido descrito por James Rosenau de la siguiente manera:

Es ésta la tensión entre fragmentación e integración, entre globalización y localización, entre descentralización y centralización. En todas partes del mundo, en comunidades, países y regiones, las fuerzas globalizadoras y localizadoras están fomentando a la vez la integración y la fragmentación. Y ellas no sólo ocurren de forma simultánea, sino que son también interactivas. Se nutren unas de otras, tanto así que no parece exagerado afirmar que cada aumento en la globalización lleva consigo un aumento de localización, y viceversa. Desde una perspectiva fragegrativa, el mundo se ve desprovisto de distinciones claras entre asuntos domésticos y externos, con el resultado de que los problemas locales pueden volverse transnacionales en cuanto a su alcance, mientras que los retos globales pueden tener repercusiones para las comunidades pequeñas.⁹

No obstante, la frontera, en su acepción territorial y como entidad cambiante y sujeta a esta reconfiguración espacial, también es susceptible de adquirir un papel funcional a la “lógica perversa” de la globalización y puede constituirse en espacio estratégico y punto nodal donde confluyen a su vez los movimientos ilícitos de recursos y de actores que potencian y transforman los conflictos en un escenario de creciente inseguridad. El caso del conflicto colombiano y de las políticas de seguridad que están siendo implementadas en algunas zonas limítrofes con los demás países de la subregión andina, es altamente representativo de una nueva dinámica en que los distintos actores, recursos y estrategias de guerra se condensan en lo que podríamos denominar un espacio de guerra “global-local”. La progresiva extensión del conflicto colombiano hacia las zonas fronterizas y las estrategias de consecución de recursos en estos espacios funcionales al financiamiento y mantenimiento de la guerra por parte de los actores armados, reflejan un modo de “conexión perversa” entre estos espacios locales y un entorno global caracterizado por el flujo incontrolable de las redes del crimen transnacional organizado. Al respecto, el reconocido teórico de la “Sociedad Red”, Manuel Castells, ha dado algunas pistas para empezar a entender el desarrollo de los conflictos actuales como consecuencia de los desequilibrios inherentes al sistema complejo de interconexiones en el reciente escenario global:

... las redes de capital, trabajo, información y mercados enlazaron, mediante la tecnología, las funciones, las personas y las localidades del mundo, a la vez que desconectaban de sus redes a aquellas poblaciones y territorios desprovistos de valor e interés para la dinámica

⁹ Este concepto fue desarrollado inicialmente en Rosenau (1983). Para una formulación más reciente y elaborada, véase Rosenau (1994) y también el artículo de este autor “Cambio y complejidad: desafío para la comprensión en el campo de las relaciones internacionales” (1997).

del capitalismo global. Ello condujo a la exclusión social y la irrelevancia económica de segmentos de sociedades, áreas de ciudades, regiones y países enteros, que constituyen lo que denomino el "cuarto mundo". El intento desesperado de algunos de estos grupos sociales y territorios por vincularse con la economía global, por escapar de la marginalidad, llevó a lo que denomino la <conexión perversa>, cuando el crimen organizado en todo el mundo se aprovechó de su situación desesperada para fomentar el desarrollo de una economía criminal global, con el fin de satisfacer el deseo prohibido y suministrar mercancías ilícitas a la demanda interminable de las sociedades e individuos ricos. (1998, p. 371).

De este modo, territorios como las zonas de frontera que comparte Colombia con sus países vecinos se han potenciado para dar cabida a dichas conexiones ilegales y perversas basadas en el tráfico de armas, drogas y dineros ilegales, pero al mismo tiempo en estos escenarios se llevan a cabo otras guerras liderada por Estados Unidos a través de políticas de seguridad que disponen recursos y programas de intervención en espacios cada vez más difusos y complejos, alterando constantemente la dinámica espacial, humana y territorial de los actores en conflicto y de la población civil.

Entre los casos más representativos de esta compleja situación se encuentran fundamentalmente el de las fronteras que comparte Colombia con Venezuela y Ecuador, y en menor medida las fronteras que comparte con Brasil, Panamá y Perú. Al respecto, la reconocida investigadora Socorro Ramírez ha aportado una idea general de la situación que se vive en estas regiones en relación con la presencia de los actores armados, las prácticas ilegales y las fuentes de financiación, entre otros muchos aspectos. La autora ha argumentado, por ejemplo, que la nación más afectada actualmente por la situación que se vive en las fronteras es Venezuela, por su proximidad a la zona de mayor presencia de actores armados ilegales y por efecto de las acciones del ELN (Ejército de Liberación Nacional) contra los oleoductos en Colombia, mientras que en Ecuador se presenta una situación de aumento de tráfico de armas, municiones y explosivos, tanto por la presión de irregulares colombianos como por la corrupción de diversos sectores ecuatorianos. Por su parte, el territorio fronterizo colombo-brasileño se ha constituido en los últimos años en zona de tráfico de precursores químicos y de lavado de dinero mediante la compra, por parte de narcotraficantes brasileños, de oro a indígenas, colonos y buscadores ilegales en las zonas auríferas de los departamentos de Vichada y Amazonas, y a través de la provisión de armas y recursos a las guerrillas colombianas a cambio de droga y protección. (Ramírez, 2006, p. 140).

Aunque cada zona fronteriza que comparte Colombia con cada uno de sus países vecinos presenta sus propias dinámicas y particularidades, es posible encontrar, no obstante, una tendencia generalizada en estos territorios al desbordamiento del conflicto armado y a las conexiones ilícitas que establecen los distintos actores con el entorno

globalizado del crimen transnacional organizado. Esto se debe fundamentalmente a que estas regiones se han caracterizado por el abandono histórico del Estado y por un aislamiento comercial y geográfico significativo que ha fomentado la expansión del negocio del narcotráfico, entre otras muchas prácticas delictivas. En palabras de Alejandro Reyes y Francisco Thoumi:

Todas las áreas de cultivos ilícitos situadas cerca de las fronteras comparten con los países vecinos los ecosistemas y los contextos sociales que facilitaron su expansión en Colombia. En todas ellas hay bosque primario, campesinado pobre, crimen organizado, debilidad del control estatal e inexperiencia con las consecuencias destructivas del narcotráfico y la difusión del enriquecimiento ilícito. Casi todas las regiones fronterizas de los vecinos han sido usadas como santuario por las guerrillas para eludir confrontaciones con el ejército colombiano. Es claro que los gobiernos vecinos preferirían que esto no fuera así, pero no reconocer este hecho es semejante a negar que un terremoto pueda tener consecuencias importantes en los países vecinos. (Reyes, Thoumi y Duica, 2006, p. 65).

Del mismo modo, y como ya se ha venido mencionando, una de las actividades más comunes en las regiones fronterizas hoy en día es la relacionada con el tráfico de armas y el lavado de activos. Como un ejemplo altamente representativo de esta situación encontramos que el caso de la zona fronteriza sur, que comprende fundamentalmente la zona colombo-ecuatoriana, la colombo-peruana y la colombo-brasileña, cuya mayor actividad está ubicada en los departamentos colombianos de Nariño y Putumayo,¹⁰ es ampliamente representativo de la situación actual pues en esta zona se encuentra una mayor cantidad de plantaciones de cultivos ilícitos, así como una presencia significativa y constante de los distintos actores en conflicto, especialmente de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), los paramilitares y las fuerzas y recursos militares del gobierno financiados por Estados Unidos. En este contexto, y en virtud de la gran ofensiva de las fuerzas del gobierno y de las políticas de seguridad allí implementadas en el marco de la guerra global contra el narcotráfico y el terrorismo, las FARC, en mayor medida, se han visto forzadas a reacomodar sus posiciones y a cruzar en muchas ocasiones las zonas de frontera para buscar guarnición temporal en los países limítrofes,¹¹ al mismo

¹⁰ El Putumayo fue primero un lugar de llegada y tránsito de la base de coca importada del Perú y Bolivia a comienzos de los años 80 y luego, cuando la producción entró en crisis en esos países, en región productora de cocaína de dicha década. La mayoría de su territorio hace parte de la cuenca amazónica y colinda con Ecuador y Perú, en una frontera que facilita el tránsito de personas y bienes, lícitos e ilícitos. (Reyes et al., 2006, p. 9).

¹¹ Como resultado del aumento de las operaciones de las Fuerzas Armadas ecuatorianas en la frontera con Colombia, en enero de 2005 fueron identificados aproximadamente 25 pasos

tiempo, las medidas de erradicación de cultivos ilícitos y fumigaciones implementadas por programas como el Plan Colombia y la Iniciativa Regional Andina han producido un éxodo social de amplias magnitudes, representado en los miles de refugiados y desplazados que se acomodan en los Estados vecinos huyendo de la acción y las medidas de todos los actores que intervienen en el conflicto.¹²

Por otra parte, esta extensa frontera se ha constituido en los últimos años en uno de los lugares de mayor entrada ilegal de armas, explosivos y municiones destinadas a las FARC,¹³ y adicionalmente ha jugado un papel importante en el proceso de lavado de activos en Colombia debido, por ejemplo, a que la dolarización de la economía ecuatoriana y la aparición de casas de cambio a uno y otro lado de la frontera —sobre todo en el departamento de Nariño— ha facilitado la obtención y control de dineros ilícitos en un contexto de por sí caracterizado por el contrabando ilimitado y la flexibilidad en las transferencias de dinero.¹⁴

Así mismo, encontramos que siguiendo los actuales lineamientos de seguridad del gobierno de los Estados Unidos, en estrecha cooperación con el gobierno colombiano encabezado por el actual mandatario Álvaro Uribe, se ha venido implementando en esta zona una ofensiva militar y una operación antinarcoóticos sostenida por programas como

fronterizos ilegales, en la franja compartida por la provincia de Sucumbíos y el departamento del Putumayo. Este hallazgo puso en evidencia, una vez más, la vulnerabilidad de la zona fronteriza frente a los diferentes factores de inseguridad (véase el informe de la Fundación Seguridad y Democracia (s/f, p. 11)).

¹² Entre 1995 y 2004, 64 de los 79 municipios fronterizos de Colombia expulsaron al 11,69% de los desplazados en todo el país y recibieron el 12,25% del total nacional. Las zonas cercanas a Venezuela registraron 70,84% de las expulsiones y 76,35% de las recepciones; las vecinas a Ecuador 20,26% de las recepciones y 26,29% de las expulsiones, y las de Panamá, 4,05% de las expulsiones y 1,5% de las recepciones en municipios fronterizos (Ramírez, 2006, p. 136).

¹³ Los 586 kilómetros de frontera con Ecuador tienen varios sitios porosos por los que ingresan especialmente explosivos y munición. Una de las rutas más usadas es Ipiales-Guayaquil. En septiembre de 2006 las autoridades ecuatorianas confiscaron 25.000 cartuchos para armas cortas, 3.500 cartuchos para fusil y cinco cohetes antiaéreos con sistemas de seguridad. En general, casi todas las fronteras de Colombia se han convertido hoy en un espacio idóneo para el tráfico y el comercio transnacional de armas, especialmente en las fronteras con Perú y Brasil. En total, 153.103 armas ilegales y 764.161 municiones fueron incautadas por las autoridades colombianas entre 2004 y 2006, y se considera que las líneas fronterizas son las principales rutas de material bélico que, regularmente, es canjeado por droga (véase: "Colombia es un imán para tráfico de armas" (2007)).

¹⁴ En el ambiente de las zonas fronterizas de Colombia el contrabando siempre se ha aceptado como parte del paisaje económico de la región, especialmente en las zonas panameña y ecuatoriana. En este caso la necesidad de lavar activos, es decir, de disfrazar su origen, muchas veces no ha existido pues quienes han acumulado dinero ilegalmente, no han tenido que utilizar un proceso de lavado para disfrutar sus capitales debido a que las normas sociales permiten invertirlos sin riesgo de confiscación y expropiación (Reyes et al, 2006, p. 83).

el Plan Colombia, la Iniciativa Regional Andina y el denominado Plan Patriota, como políticas estratégicas encaminadas a terminar con los grupos insurgentes y los cultivos ilícitos presentes en estas regiones.¹⁵ Esta situación ha convertido a la frontera en un espacio ideal para librar otras guerras de carácter global, produciendo modificaciones y alteraciones en los movimientos de los distintos actores armados y sociales, y por tanto, profundizando y ampliando el ambiente de conflictividad en los ámbitos políticos, sociales y de la seguridad entre Colombia y sus países vecinos.

Aunque el caso de la frontera sur es uno de los más representativos, en general, el contrabando, el narcotráfico, el tráfico de armas, el refugio de actores armados y los desplazamientos forzosos de la población civil, entre muchos otros elementos adversos, son un hecho común al conjunto de las zonas fronterizas que cada vez adquieren una mayor relevancia para el análisis de las transformaciones del conflicto en relación con los recientes procesos globales. Lo anterior sugiere que, en general, estas regiones se estarían convirtiendo en lo que podríamos denominar como espacios “glocales” perversos, altamente potenciales para la continuación del conflicto armado y para el desarrollo de las múltiples actividades ilícitas por parte de un conjunto de actores que desde un escenario local se desenvuelven cada vez con mayor fluidez al interior de las redes del crimen global organizado.

Veamos entonces los cambios que así mismo estarían ocurriendo en la configuración de los actores en conflicto y su repercusión alrededor de este nuevo escenario de guerra. Al respecto resultaría de especial relevancia evaluar la situación de aquellos que como en el caso de las fuerzas estadounidenses y los grupos insurgentes —FARC y paramilitares—, se encuentran operando con mayor intensidad alrededor del nuevo panorama y se circunscriben de manera especial como dinamizadores de este complejo escenario “glocal”.

¹⁵ Dos de estos tres programas hacen parte de una estrategia hemisférica de Estados Unidos para acabar con el narcotráfico y el terrorismo en Latinoamérica, fundamentalmente en Colombia y los países de la región andina como principal fuente de estas amenazas. El costo del Plan Colombia fue estimado en 7.500 millones de dólares y los Estados Unidos debían aportar una ayuda de 3.500 millones de dólares. Desde el año 2000 hasta el 2005, los Estados Unidos entregaron 2.600 millones y la Unión Europea 335,9 millones de euros. Para ayudar a los países andinos, la administración Bush pidió 882 millones de dólares en el año fiscal 2002 para el financiamiento de asuntos internacionales, con el fin de establecer instituciones democráticas y ayudar al desarrollo, al igual que para programas contra las drogas ilícitas en los siete países incluidos en la iniciativa: Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, Panamá, Perú y Venezuela. En el 2007, la ayuda de Estados Unidos para Colombia fue de 700 millones de dólares, dinero que en gran parte fue invertido en el Plan Patriota, la estrategia del aliado presidente colombiano Álvaro Uribe para atacar la retaguardia estratégica de las FARC. Cabe decir que en términos generales más de la mitad del porcentaje de las ayudas estadounidenses se destinan a la estrategia militar (Favre y D'Arcier 2005).

Los actores en guerra y sus nuevas estrategias: los grupos insurgentes y las fuerzas estadounidenses en los escenarios transfronterizo y transnacional

Los grupos insurgentes y el crimen transnacional organizado

Los grupos insurgentes en Colombia, representados fundamentalmente por las FARC, el ELN y los grupos paramilitares, han sido definidos como grupos criminales y "narcoterroristas" por parte del gobierno estadounidense y del Estado colombiano, a partir de la reciente doctrina "antiterrorista" de la seguridad mundial. Tal denominación, sin embargo, les exime de cualquier connotación política o de un carácter ideológico propio que pueda estar animando a estos grupos a mantenerse en el conflicto armado —especialmente en el problemático caso de la FARC como actores del conflicto—, y al mismo tiempo supone que el único factor que predomina en sus acciones es la criminalidad y la predación o saqueo de recursos para el beneficio y el lucro privado.

Esta tendencia, a su vez coherente con las presunciones de la conocida teoría de las "nuevas guerras", obvia las condiciones históricas y los factores que pueden estar asociados a la participación de dichos actores en el conflicto armado, motivo por el cual otras posturas políticas y académicas han preferido ampliar el marco de análisis y entender los conflictos de hoy, no como eventos surgidos únicamente de la racionalidad económica y predatoria, sino, por ejemplo, como una combinación entre las necesidades, las convicciones y la codicia de quienes participan en las confrontaciones.¹⁶

Pero mientras las necesidades y las convicciones de los actores deberían ser tenidas en cuenta como elementos presentes para evitar su "despolitización" y posterior "criminalización", es en la codicia, o más precisamente en la forma en que se financian las guerras de hoy, donde estos actores se han transformado a la par de la evolución del sistema global de carácter criminal; por tanto, es a partir de estas nuevas condiciones que pueden encontrarse nuevas luces para el análisis, sobre todo en aquellos casos en que la economía de la guerra está cada vez más estrechamente conectada con circuitos económicos internacionales de carácter ilegal, como es el caso del conflicto colombiano.

Desde esta perspectiva, resulta indispensable observar las transformaciones de los actores ilegales de cara al nuevo contexto global y a las oportunidades ofrecidas por los mercados ilícitos, pero inicialmente, el debate se debe centrar en un contexto en el cual, como anota Aline Leboeuf, los Estados delictivos sólo "controlan" su mapa territorial y no los territorios que dicho mapa les asigna, de tal manera que los espacios vacíos de control efectivo (las denominadas *zonas grises*) hacen posible la existencia de nuevas formas de organización política que tienen una relación distinta con el territorio (Leboeuf, 2005).

¹⁶ Esta teoría es propuesta por Zartman (2005).

El caso de la guerra en las zonas fronterizas del país ha sido muy representativo en este sentido, en la medida en que estos territorios apartados del centro urbano se han convertido en amplias “zonas grises” en que predominan otras formas de organización política y social basadas en la marginación, la violencia y la ilegalidad. En este contexto, las fuerzas del orden han sido básicamente impuestas por los grupos paramilitares y por la insurgencia —en especial por las FARC—, quienes han aprovechado la potencialidad de las zonas de fronteras para producir, distribuir y gerenciar el negocio las drogas ilegales debido a la ausencia del Estado y a la flexibilidad de estas zonas para establecer redes y circuitos económicos de carácter ilegal hacia el interior y hacia el exterior, todo esto como el método más eficaz para financiar sus ejércitos de guerra locales. En principio, los enfrentamientos entre ambos grupos se han dado principalmente para controlar el territorio con el fin de capturar las rentas del negocio del narcotráfico; sin embargo, y de manera paradójica, el circuito ilegal de las drogas y la dinámica de la participación de los actores alrededor de esta actividad, ha dado paso a una situación de ambigüedad y ha establecido un nuevo orden en que a pesar de su histórica y rígida confrontación, guerrillas y paramilitares se han “aliado” tácitamente alrededor del negocio de las drogas:

La coca se ha convertido en una verdadera industria en regiones como el litoral Pacífico de Nariño. Al darse cuenta de que la proximidad a las fronteras les permite utilizar rutas más cortas hasta la costa con menos riesgo de intercepción por parte de las autoridades, las AUC y las FARC han llegado a un modus operandi (una excepción en su relación por lo general mala) que permite que uno de los grupos controle las zonas de cultivo y que el otro controle el negocio de exportación. No se producen confrontaciones armadas siempre y cuando ninguno de los grupos rompa las reglas. Cualquier civil que no acepte este arreglo es considerado objetivo militar por uno u otro bando. (Reyes et al., 2006, p. 68).

En tal sentido, se ha evidenciado que la necesidad de contar con un flujo constante de drogas y dineros ilegales ha inducido a guerrillas y paramilitares a moderar e incluso a interrumpir las hostilidades recíprocas y a sustituirlas por una división de funciones y de territorios articulados a las mismas empresas narcotraficantes, razón por la que en casi todas las regiones de conflicto no existen confrontaciones entre los dos bandos, sino una clara delimitación de zonas de influencia.¹⁷

¹⁷ En palabras del investigador Francisco Thoumi: “Como las guerrillas ejercían influencia en regiones de colonización, se convirtieron en aparatos armados para regular y obtener rentas en las áreas de cultivos ilícitos. Como los paramilitares coparon las regiones guerrilleras y controlaron las mallas urbanas y las vías de comunicación, se transformaron en aparatos de seguridad de los laboratorios y rutas del narcotráfico. Como el Estado destruyó en los años noventa los grandes carteles que desarrollaron una red vertical del negocio relativamente integrada, la nueva

Observamos de este modo que el funcionamiento del mercado ilegal en conexión con los circuitos internacionales de la droga ha requerido y ha producido una modificación significativa del posicionamiento de los actores en medio del conflicto político, pues aunque exista —y aún hoy existe— una condición histórica de rígidas confrontaciones armadas y profundas diferencias políticas entre paramilitares y guerrillas, su relación con las nuevas fuentes de financiación les han hecho adaptables y flexibles a las condiciones del mercado ilegal; de ahí que no sea del todo posible en medio del conflicto actual establecer una división o jerarquización tajante entre estos grupos ilegales puesto que se presenta una tendencia hacia la fluidez en sus modos de operar reflejadas en sus conexiones o acuerdos implícitos y en su ambigüedad como actores políticos y armados alrededor del control del negocio ilegal de las drogas. En este sentido, ambos actores terminan reproduciendo una lógica de cooperación inusual, pero muy funcional a las exigencias del entorno global, ya que ambos grupos se organizan en torno al sistema de provisión de drogas a empresas especializadas en la exportación y distribución al exterior, que a su vez conforman alianzas y redes con empresas de otros países involucrados en el tránsito y el consumo (Reyes et al., 2006, p. 67).

Como resultado de esta nueva lógica, los actores armados en nuestro país han venido modificado claramente su ubicación espacial y territorial, aprovechando las denominadas "zonas grises" a uno y otro lado de las fronteras con los países vecinos, llegando incluso al punto de ubicarse e instalarse estratégicamente en territorios vecinos para evadir a las autoridades nacionales y establecer contactos internacionales con otros individuos o grupos políticos.¹⁸ Esta nueva situación modifica las dinámicas del conflicto y las sitúa en un contexto ya no exclusivamente nacional, sino que involucra a otros actores y territorios, aportando nuevas dimensiones a una guerra que cada vez y con mayor claridad va dejando de ser un asunto interno y desvinculado de la realidad regional e internacional.

En general, las denominadas "redes criminales de narcoterroristas" que coexisten en la zona de frontera deben comenzar a ser analizadas desde una perspectiva que supere los enfoques tradicionales en el estudio de conflictos, sobre todo aquellos

generación de narcotraficantes se fragmentó en muchas pequeñas empresas especializadas, que acopian la cocaína y la heroína producidas bajo el control de guerrillas y paramilitares y las venden al exterior" (Reyes et al., 2006).

¹⁸ Este hecho quedó plenamente demostrado con la incursión y ataque del 1º de marzo de 2008 por parte de las fuerzas armadas y de inteligencia colombianas en territorio fronterizo ecuatoriano, donde se identificó y bombardeó un campamento de las FARC en el cual se encontraba el segundo al mando de este grupo, el vocero Raúl Reyes, un ecuatoriano y un grupo de mexicanos que habían participado en el Segundo Congreso Continental Bolivariano y se encontraban de visita en el campamento de las FARC. Esta incursión, que produjo la muerte de la mayoría de quienes estaban en el campamento, y la del mismo Reyes, desencadenó una grave crisis regional y hemisférica a nivel de los países vecinos y de la OEA que aún se encuentra latente.

que buscan una jerarquización o delimitación clara entre los actores que intervienen en la confrontación, pues aunque en muchos sentidos las divisiones y diferencias permanecen, cada vez existe una mayor complejidad y fluidez en los modos de operar de estas redes que ha sido propiciada en buena medida por la compleja dinámica de los circuitos ilegales de carácter global. No obstante, y aunque los modos de financiamiento y su conexión con el entorno global supongan un eje central a la transformación de estos actores, el debate debe centrarse en un análisis aún más amplio en que se considere, en primer lugar, la gran funcionalidad de los entornos marginados a la proliferación y consolidación de las organizaciones criminales “en red”, y en segundo lugar, las condiciones que llevan a que estando altamente penalizado y criminalizado por Estados Unidos como potencia mundial, el negocio de las drogas continúe siendo al mismo tiempo una fuente poderosa de recursos para algunos grupos que se han apoderado de un control local y territorial, en un contexto de excesiva marginación y de ausencia del Estado.

Estados Unidos y su propia arma biológica en la guerra: el caso de las fumigaciones

En el caso específico de la guerra contra el narcotráfico y el terrorismo en Colombia, Estados Unidos ha actuado como un actor poderoso en medio del conflicto, y en un contexto de clara asimetría económica, política y militar. El Comando Sur y el Pentágono asumieron la concepción, doctrina, planeación e implementación de las políticas antidrogas frente al conflicto armado colombiano, y los militares estadounidenses están ensayando tecnologías y tomado decisiones sobre el curso de la guerra aérea y terrestre en el propio terreno de operaciones y desde las bases militares del país (Aristizábal, 2007, p. 170). Adicionalmente, su intervención allí ha estado ligada a la intensificación de la guerra por parte de las fuerzas armadas del Estado colombiano durante la última década, y como tal su presencia ha mantenido los parámetros de la guerra militar,¹⁹ pero esta condición en sí misma también se ha modificado en torno a lo que Mary Kaldor ha definido como la “guerra espectáculo”, que es la guerra que lleva a cabo principalmente Estados Unidos y que implica guerra a larga distancia, utilización de aviones ultramodernos y tecnología de misiles, para prevenir bajas en las filas propias (Kaldor, 2003, p. 84).

¹⁹ En el ámbito externo, la naturaleza de Estados Unidos como actor en la guerra se sigue rigiendo predominantemente por la tradicional acción e intervención represiva de carácter militar en todos aquellos países o regiones del mundo en que se han identificado redes de terroristas o de narcoterroristas. Cabe decir, sin embargo, que como la mayoría de ejércitos, el de Estados Unidos está organizado para combatir a otros Estados y no para enfrentarse a “enemigos difusos”, y por ello ha tenido que transformar parte de sus estrategias para combatir al enemigo desde métodos más impersonales; no obstante, la continuidad anacrónica en su naturaleza de actor militarista e interventor sigue teniendo efectos sociales y económicos perversos para estos países y territorios, sumidos ya históricamente en el caos, la violencia y la pobreza.

Para Kaldor, gracias a la "guerra espectáculo", las estructuras heredadas de la Guerra Fría retienen su poder, en un contexto en el que los ciudadanos estadounidenses ya no aceptan las condiciones del anterior pacto: la disponibilidad a morir en la guerra. El motivo, como anota la autora, radica en que satisface una confluencia de intereses: las necesidades de los científicos, los ingenieros y las empresas que proporcionan la infraestructura del poderío militar estadounidense; así mismo, esta "guerra espectáculo" permite la continuidad de la guerra imaginaria característica de la Guerra Fría, no implica bajas norteamericanas y puede verse por televisión y demostrar la firmeza y el poder del gobierno de Estados Unidos.²⁰

En efecto, la guerra que se lleva a cabo en la zona fronteriza del sur del país es en alguna medida un ejemplo de la intervención militar de Estados Unidos bajo este sistema, que aunque no supone una guerra de intensidad militar como la que ha tenido lugar en Medio Oriente —Afganistán e Irak—, en que se utilizan los misiles y los aviones ultramodernos para el bombardeo y la posterior ocupación del territorio, sí evidencia la presencia de las fuerzas estadounidenses y de sus recursos militares aportados para la guerra que libran las fuerzas del Estado, y para las fumigaciones aéreas.²¹ Estas estrategias mantienen a este actor a una distancia capaz de prevenir bajas en sus filas, pero a la vez suponen un importante insumo para la guerra interna, así como una responsabilidad mayor en sus efectos devastadores.²²

En este sentido, la guerra global contra el narcotráfico y el terrorismo en territorio colombiano es muestra de las condiciones irregulares de los nuevos conflictos, donde se emplean estrategias de guerra multidimensionales en un contexto en que los ámbitos externo e interno se diluyen y la misma participación de los actores es fluida e impersonal. El caso de las fumigaciones aéreas con glifosato en esta zona es el ejemplo

²⁰ Mary Kaldor considera que lejos de incrementar el entusiasmo por los valores democráticos, la guerra sin bajas demuestra que la vida de un estadounidense vale mucho más que cualquier otra, y refuerza la imagen de Estados Unidos como un matón global (2003, p. 86).

²¹ La presencia de Estados Unidos en esta guerra que se libra en la frontera se refleja sobre todo en la instalación de la base militar de Manta en Ecuador que está ocupada por militares norteamericanos, y en las aeronaves de fumigación y parte de la seguridad para la ejecución de las operaciones que son proporcionadas y fiscalizadas por el gobierno estadounidense a través de su Oficina de Asuntos Narcóticos en Bogotá. Para una información más completa sobre el tema, véase González (2006).

²² José Aristizábal defiende esta posición cuando afirma que las guerras o intervenciones de Estados Unidos eran más clásicas o convencionales; hoy son más difusas y contra la población. Antes, lo corriente era que los marines desembarcaran o invadieran directamente. En el presente, la tendencia es buscar intervenciones con el título de "humanitarias" y en las que participen fuerzas armadas de otros países. También crece el uso de mercenarios a través de compañías privadas de seguridad, como en Colombia (2007, p. 154).

de la utilización de un método que aunque en el país no es nada nuevo,²³ actualmente se está intensificado y se ha combinado con muchos otros factores que sugieren nuevos elementos para el análisis; de este modo, y ante las condiciones cambiantes del conflicto y de la guerra, es posible identificar a Estados Unidos como un actor cuyas estrategias y lógicas de lucha “a distancia” —que no se ciñen a las tradicionales formas de hacer la guerra— producen igualmente hechos y efectos violentos en un contexto de amplia confrontación, pues no sólo ha tenido una incidencia directa, sino que ha contribuido a la intensificación del conflicto entre las fuerzas del Estado —ahora más fuertes y mejor financiadas— y los actores armados insurgentes que responden con estrategias cada vez más violentas —especialmente sobre la población civil— para demostrar su poderío y mantener el control territorial.

En cuanto a las fumigaciones llevadas a cabo por las fuerzas estadounidenses, el tema ha sido objeto de un intenso debate político respecto a los efectos que esta estrategia produce sobre el medio ambiente y sobre las poblaciones rurales de esta zona ampliamente ocupada por cultivos ilícitos. Aunque aún no han sido científicamente demostrados los efectos perversos que tienen las fumigaciones sobre el ecosistema y las poblaciones de la zona, algunas instituciones del gobierno como la Defensoría del Pueblo o la Contraloría de la Nación, y un número significativo de ONG, académicos, grupos de presión y pobladores afectados han denunciado que el glifosato produce efectos nocivos en el ambiente y en la salud de los habitantes de esta zona —traducidos en enfermedades respiratorias, dermatológicas e intoxicaciones, entre otras—, y en sus posibilidades diarias de supervivencia, pues buena parte de sus cultivos legales son igualmente fumigados y muchos han tenido que desplazarse y refugiarse en el país vecino por esta y otras razones asociadas a la fumigación.²⁴

²³ El primer periodo (1978-1990) se subdivide en tres etapas. Primero fumigaciones experimentales de marihuana durante de Julio César Turbay (1978-1982); segundo, fumigaciones masivas de marihuana y algunas experimentales de coca durante el mandato de Belisario Betancourt (1982-1986); tercero, fumigaciones discontinuas de marihuana y coca durante el gobierno de Virgilio Braco (1986-1990). El segundo periodo de la historia de las fumigaciones se subdivide en dos, primero, la adopción de la política durante el gobierno de César Gaviria (1990-1994) y segundo, la intensificación de las fumigaciones en los gobiernos de Ernesto Samper (1994-1998), Andrés Pastrana (1998-2002) y Álvaro Uribe Vélez (2002-2006). Este último gobierno reelecto para el periodo (2006-2010) presenta históricamente los niveles más altos de fumigación, así como las cifras más altas de cultivos ilícitos productivos (González, 2006, p. 15).

²⁴ El año 2003 fue muy representativo de esta situación. Se sabe por ejemplo que en este periodo se produjo la expulsión de por lo menos 27.000 personas de las zonas en donde se realizaron las fumigaciones. Aproximadamente el 80% de los desplazamientos ocurridos en zonas de fumigación se produjo en los departamentos de Putumayo, Caquetá, Guaviare, Norte de Santander y Cesar que son regiones donde se han implementado los operativos militares más grandes en el marco de la política de seguridad democrática del gobierno de Uribe (“Holocausto” en Catatumbo

Sin embargo, las entidades del Estado y las estrategias estadounidenses que llevan a cabo estas políticas insisten en este método a pesar de la experiencia innegable de su fracaso en términos de reducción de los cultivos ilícitos, por lo que según un informe del Transnacional Institute, insistir en fumigar es señal de que las fumigaciones han sobrepasado el interés antinarcóticos, para representar un interés especialmente político en justificar la presencia policial y militar de Estados Unidos en esta región, y un interés económico, debido a las utilidades monetarias de empresas estadounidenses como Monsanto y Dyncorp que se reparten este lucrativo negocio (Transnacional Institute, 2007, p. 2).

De este modo, Estados Unidos, desde una política y un discurso globalizado, ha mantenido una influencia decisiva sobre el conflicto colombiano en el ámbito local; sin embargo, sus estrategias lejos de producir una real modificación sobre las condiciones o la presencia de los demás actores en conflicto, contribuye al recrudecimiento de la confrontación y produce consecuencias sociales y humanitarias de carácter violento, donde la población civil es finalmente la más afectada. En términos generales, los métodos de lucha "a distancia" que son utilizados en la zona fronteriza colombo-ecuatoriana favorecen la impunidad de este actor en guerra, y remiten a la paradójica idea de la utilización de las fumigaciones como un "arma biológica" que a pesar de haberse constituido en una estrategia para desestabilizar a los enemigos "narcoterroristas", es una vez más el reflejo de sus propios intereses políticos y económicos, cuyo único efecto real ha sido la violencia ejercida sobre la población civil.

Conclusiones

El caso del conflicto colombiano es hoy un claro ejemplo del complejo escenario en que se presentan simultáneamente las dos dimensiones de la guerra en sus vertientes local y global, pues por una parte las condiciones de la confrontación armada en los escenarios locales e internos se encuentran cada vez más asociadas a los crecientes flujos de la economía criminal globalizada, y por otra, en estos territorios se lleva a cabo, igualmente, una guerra de dimensión global en contra del narcotráfico y el terrorismo fuertemente financiada e implementada por Estados Unidos en el país. Esta doble dimensión, sumada a las actuales dinámicas del proceso de la globalización, ha producido la modificación de los espacios, los actores y sus estrategias de guerra en medio de un escenario en que no es posible separar el ámbito interno del externo, y donde la guerra no implica necesariamente una confrontación directa ni un repertorio de acciones en sentido tradicional.

y "Libertad" en Cundinamarca). En Colombia dos de cada cinco desplazados cuyas declaraciones son rechazadas, y no ingresan al sistema de registro único del gobierno, son rechazadas porque mencionan fumigaciones como causal de desplazamiento. Véase el informe de la Consultoría para los Derechos Humanos y el desplazamiento [Codhes] (2004, p. 9).

Para el caso colombiano, y desde las posibles modificaciones en la dimensión espacial del conflicto, las zonas de frontera con los países vecinos se han convertido en espacios estratégicos y puntos de conexión en donde confluyen a la vez los distintos actores, dinámicas y estrategias de guerra que se condensan en lo que podríamos denominar un espacio de guerra global-local. Es así como las regiones fronterizas, que deberían constituirse en espacios idóneos para la profundización del intercambio comercial, económico y humano y para el aprovechamiento de las condiciones de la globalización, se han convertido hoy en espacios “glocales” perversos donde tienen lugar las múltiples actividades ilícitas asociadas al negocio de las armas y las drogas ilegales, así como el recrudecimiento del conflicto armado y el desarrollo de las guerras globales impulsadas por Estados Unidos.

En cuanto a la participación de Estados Unidos en la guerra que se vive en la zona fronteriza colombo-ecuatoriana, se puede afirmar que las políticas de seguridad implementadas en el marco de la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo en la frontera están produciendo una modificación importante en el recorrido espacial y territorial de algunos actores y factores del conflicto. Debido al intenso programa de fumigaciones aéreas y de erradicación de cultivos ilícitos realizado por las fuerzas estadounidenses en el sur de Colombia, las regiones y territorios fronterizos en estas zonas se están viendo afectados por los desplazamientos espaciales de cultivos ilícitos, de grupos armados y de la población civil, lo que supone el desbordamiento de los problemas de seguridad colombianos hacia los demás países limítrofes, especialmente hacia Ecuador, Perú y Brasil.

Por su parte, los grupos insurgentes se encuentran cada vez más conectados a las redes criminales de carácter global, y sus prácticas y estrategias de guerra dependen hoy en gran medida de los incontrolables flujos ilícitos transnacionales que pasan por estas zonas fronterizas, motivo por el cual el estudio del conflicto colombiano no sólo se debe limitar a la estricta problemática interna de carácter estructural, sino que debe incluir también el análisis más amplio de las condiciones marginales del nuevo contexto de la globalización y de sus repercusiones en las sociedades más vulnerables.

Un análisis alternativo del conflicto en Colombia desde la perspectiva de las guerras globales contra el narcotráfico y el terrorismo, debe llevarnos entonces a concluir que los parámetros bajo los cuales se deben analizar las nuevas condiciones de esta confrontación necesitan de una perspectiva que supere los enfoques tradicionales en el estudio de las guerras y conflictos recientes. Cada vez existe una mayor complejidad y fluidez en los modos de operar de los actores y una modificación de los espacios y escenarios derivados de la reconfiguración del proceso global-local; no obstante, el debate fundamental deberá centrarse en un análisis aún más amplio en que se considere la gran funcionalidad de los entornos marginados a la proliferación y consolidación de los grupos insurgentes, así como en un profundo cuestionamiento de los discursos, prácticas y representaciones

de los actores hegemónicos que juegan su propio papel en el desarrollo de las guerras contemporáneas.

Referencias bibliográficas

- Aristizábal, J. (2007). *Metamorfosis. Guerra, Estado y globalización en Colombia*. Bogotá: Desde Abajo.
- Arquilla, J., y Ronfeldt, D. (1996). *The Advent of Netwar*. Santa Mónica: National Defense Research Institute.
- Bethani L. (2006). Explaining the Severity of civil Wars. *Journal of Conflict Resolution*, 50, (2), 276-289.
- Castells, M. (1998). Conclusión: entender nuestro mundo. En M. Castells, *La era de la información economía, sociedad y cultura, el fin del milenio* (Vol. III, pp. 369-394). Madrid, 1998.
- Codhes] (2004, p. 9). *Fumigación de cultivos de uso ilícito y vulneración de derechos humanos en la frontera colombo –ecuatoriana*. Quito, Julio de 2004
- Colombia es un imán para tráfico de armas. (2007, 20 de abril). En *El País* [En línea], 2-A. Recuperado el 27 de febrero de 2008 de <http://www.elpais.com.co/paision-line/notas/Abrilo82007/armas.html>
- Di John, J. (2002). *Mineral resource abundance and violent political conflict: a critical assessment of the Rentier State Model*. London, Crisis State Program, working paper n°. 20. Recuperado el 23 de febrero de 2008 de <http://www.crisisstates.com/download/wp/lowres/WP20.pdf>
- Donan, H., y Wilson, Th. (1999). *Borders, Frontiers of Identity, Nation and State*. Oxford: Berg.
- Duffield M. (1997). *Global Governance and the New Wars: The merging of development and security*. London: Zed, 2001.
- Gray, Ch. (1997). *Postmodern War: The New Politics of Conflict*. New York: Guilford Press.
- Faivre, H., y D’Arcier, F. (2005). Del plan Colombia al plan patriota: impacto del conflicto armado colombiano en el ecuador, análisis de una estrategia de seguridad subregional. *Revista Complutense de Historia de América*, (31), 215-230. Recuperado el 12 de febrero de 2008 de <http://www.ucm.es/BUCM/revistas/ghi/11328312/articulos/RCHA0505110215A.PDF>

- Fundación Seguridad y Democracia (s/f). *Colombia y Ecuador: dos visiones de seguridad, una frontera*. Recuperado el 1º de febrero de 2008 de <http://www.seguridadydemocracia.org/docs/pdf/seguridadRegional/visionesSeguridadFrontera.pdf> (p. 11).
- González, S. (2006). *El programa de erradicación de cultivos ilícitos mediante aspersión aérea de glifosato: hacia la clarificación de la política y su debate*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Holsti, K. (1996). *The State, War and the State of War*. Cambridge: University Press.
- Kaldor M. (2003). Haz la ley y no la guerra: la aparición de la sociedad civil global. En M. Castells y N. Serra (Eds.), *Guerra y Paz en el siglo XXI una perspectiva europea* (pp. 67-98). Barcelona: Kriterion Tusquets.
- Kaldor M. (2001). *Las nuevas guerras, violencia organizada en la era global*. Madrid: Tusquets.
- Kalyvas, S. (2001). "New" and "old" civil Wars. A valid distinction? *World Politics*, 54 (1), 99-118.
- Leboeuf, A. (2005). Los conflictos fluidos, conceptos y escenarios. *Politique Étrangère*, septembre. Recuperado el 15 de febrero de 200 de <http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/0404-LEBOEUF-ES-2.pdf>,
- Melander, E., Magnus, Ö, y Hall, J. (2006). *The "New Wars" Debate Revisited: An Empirical Evaluation of the Atrociousness of "New Wars"*. Uppsala: Uppsala Universitet Department of Peace and Conflict.
- Pujadas, J., y Martín, E. (1999). Movilización étnica, ciudadanía, transnacionalización y redefinición de fronteras: una introducción al tema. En Autoras (Comps.), *Globalización, fronteras culturales y políticas y ciudadanía* (pp. 7-16), Santiago de Compostela, Actas del VIII congreso de antropología (vol. 1).
- Ramírez, S. (2006). La ambigua regionalización del conflicto colombiano. En F. Gutiérrez, G. Sánchez et al., *Nuestra guerra sin nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia* (pp. 121-166). Bogotá: IEPRI/ Norma.
- Reyes, A., Thoumi, F., y Duica L. (2006). *El narcotráfico en las relaciones fronterizas de Colombia*. Bogotá: Centro de Estudios y Observatorio de Drogas y Delito de la Universidad del Rosario / Dirección Nacional de Estupeficientes del Ministerio del Interior y de Justicia. Recuperado el 3 de enero de 2008 de http://www.urosario.edu.co/FASE1/economia/CEODD/docs/DNE_informe_definitivo.pdf

- Rosenau J. (1997). Cambio y complejidad: desafío para la comprensión en el campo de las relaciones internacionales. *Análisis Político*, (32), 106-199
- Rosenau, J. (1983). Fragmeegrative Challenges to National Security. En T. Heynes (Ed.), *Understanding U.S. Strategy: A Reader*. Washington D.C.: National Defense University.
- Rosenau J. (1994). New Dimensions of Security: The Interaction of Globalizing and Localizing Dynamics. *Security Dialogue*, 25, 255-582
- Transnacional Institute. (2007). La politización de las fumigaciones. Glifosato en la frontera colombo-ecuatoriana. *Informe sobre Política de Drogas*, 20. Recuperado el 27 de febrero de 2008 de http://www.tni.org/detail_page.phtml?&act_id=16300
- Zartman, W. (2000). Need, creed and greed in intrastate conflict. En . M. Berdal y D. Malone (Ed.), *Greed and Grievance: Economic Agendas in Civil Wars* (pp. 215 - 234). Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Zartman W. (2005). Need, creed and greed in intrastate conflict. En W. Zartman y C. Arnson (Eds.), *Rethinking The Economics of War The Intersection of Need, Creed, and Greed* (pp. 256-284) Washington: Woodrow Wilson Center Press.